

El encuentro de los hijos de Dios con los hijos de Dios¹

1. *Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la vida, triunfante se levanta²*. A lo largo de estos días de la Semana Santa, de la mano de la liturgia de la Iglesia, acompañamos al Señor por el duro sendero que quiso emprender para salvarnos, el camino de la Cruz. Fue el suyo, sin duda, un auténtico combate, un duelo a brazo partido entre *el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas*. Y anoche, en la Vigilia Pascual, celebramos con un gozo desbordante su victoria final.

En el bellissimo texto del Pregón, pudimos escuchar que el poeta nos presenta a nuestro Salvador como *el lucero de la mañana*, un lucero que no conoce ocaso, que no se apaga nunca, porque Jesucristo, el Hijo de Dios, *volviendo del abismo, brilla sereno para el linaje humano y vive y reina por los siglos de los siglos³*.

En efecto, Cristo ha vencido a la muerte, al pecado, al Maligno... Y con su victoria nos ha redimido, nos ha devuelto la libertad y la dignidad de los hijos de Dios. Desde aquel triste día en que en el Paraíso, Adán y Eva desobedecieron a Dios, nos encontrábamos cautivos, esclavizados por el mal. Con su obediencia hasta la muerte, y muerte de Cruz, Cristo nos salvó.

2. Es lógico que, al contemplar esta victoria, nos llenemos de alegría. Y es lógico, también, que queramos compartir esa alegría con las personas que amamos. Ese es el sentido de la felicitación de estos días. La experiencia, tan humana, de que al compartir un bien espiritual, este se multiplica, se fortalece, se prolonga.

Vamos, pues, durante este tiempo pascual que se extenderá por las próximas siete semanas, a imitar a los discípulos y a las santas mujeres que, tras el encuentro con Cristo resucitado, buscaron la manera de transmitir su experiencia. Y, para hacerlo bien propongo dos puntos.

En primer lugar que lo hagamos con alegría. Esta debe ser una nota permanente del comportamiento cristiano, pero con mayor motivo en este tiempo pascual. Como bien decía el papa Francisco hace unos años: *los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás (...). Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral⁴*.

3. Alegría, por tanto, en todo momento. Y, con la alegría, la caridad, el auténtico cariño. Hemos de ir al encuentro con nuestros hermanos de la manera como el propio Cristo quiere que lo hagamos: viviendo el mandamiento del amor.

¹ Homilía domingo de Pascua.

² Misal Romano, *Secuencia de la misa de Pascua*.

³ Misal Romano, *Pregón Pascual*.

⁴ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 10.

Si con su triunfo, Cristo nos ha devuelto nuestra condición de hijos de Dios, la más alta dignidad que se puede imaginar para una persona, nosotros deberíamos descubrir esa misma dignidad en las personas con las que convivimos diariamente. Y, si fuera el caso, tendríamos que ayudarles a descubrir o recuperar esa dignidad.

Que al mirar el cirio ardiendo en el presbiterio, recordemos que Cristo está vivo en medio de nosotros. Y recordemos también la luz con la que tenemos que vencer las tinieblas del pecado en nosotros y en los demás que no es otra que la caridad. Nos dice san Juan: *Quien afirma que está en la luz y odia a su hermano, está todavía en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza*⁵.

Y san Josemaría, en un punto de meditación de su Via Crucis apunta: ***Piensa primero en los demás. Así pasarás por la tierra, con errores sí –que son inevitables-, pero dejando un rastro de bien.***

Y cuando llegue la hora de la muerte, que vendrá inexorable, la acogerás con gozo, como Cristo, porque como Él también resucitaremos para recibir el premio de su Amor⁶.

Que la Virgen, Nuestra Señora, nos ayude a ser conscientes de que somos hijos de Dios y de quienes nos acompañan también lo son. Así los trataremos siempre con un delicadeza extrema.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 1 de abril de 2018

⁵ 1 Juan 2, 8-10.

⁶ SAN JOSEMARÍA, *Via Crucis*, XIV, 4.